

EL TROPARIO DE CASIANA

En el número segundo de esta revista se ha explicado ya lo que son los troparios de la liturgia griega; algo muy semejante a las antífonas de la liturgia romana. Uno de los troparios más populares es el conocido con el nombre de tropario de Casiana. Se canta en los maitines del Martes Santo, día en que la Iglesia griega conmemora la unción de los pies de Cristo hecha por aquella mujer pecadora que según el Evangelio, al saber que el Maestro estaba convidado en casa de Simón el fariseo, entró en la sala del convite llevando en sus manos un vaso de alabastro lleno de bálsamo perfumado de gran precio y lo derramó sobre los pies del Salvador secándolos luego con sus cabellos.

El tropario suple el silencio del Evangelio diciéndonos por su cuenta y sin otra fuente histórica que la fantasía piadosa de su autor, las palabras de dolor y contricción que la arrepentida pecadora pronunciaría en aquella ocasión. Es tan popular en Oriente que en muchas parroquias pobres de las aldeas los feligreses hacen un esfuerzo y traen de la ciudad un cantor de buena voz que en ese día lo cante solemnemente en el oficio y no son pocos los fieles que van a la iglesia tan solo por oír su ejecución, de suerte que esperan a que se cante y luego abandonan el templo de modo semejante a lo que sucede en nuestra patria, especialmente en Sevilla, con el «Misere» con que esos días termina el oficio de maitines.

La tradición y la casi totalidad de los antiguos códices litúrgicos griegos atribuye su composición a la célebre monja bizantina Casiana, poetisa de gran inspiración, autora también de la mayor parte de las piezas litúrgicas del oficio del Viernes Santo y que pudiera compararse con la esposa de Boecio, Elpis, autora de algunos himnos litúrgicos del Rito latino.

Algunos códices, muy pocos, lo atribuyen al patriarca Focio, pero el examen interno más bien parece exigir un temperamento femenino, aun más, una mujer arrepentida, que al describirnos el dolor de la pecadora del Evangelio, llora sus propios pecados y flaquezas. Todo lo cual se acomoda mejor a la verdad de la tradición pues Casiana, antes de profesar la vida monástica, estuvo en la corte bizantina, que en aquel tiempo de luchas entre iconoclastas y católicos, no era precisamente un modelo de moralidad.

Siendo tan popular este tropario no podía por menos de estar rodeado de algo de leyenda. Así se dice que cuando su autora vivía aún en la corte, antes de ser religiosa, no era su vida del todo ejemplar y que tuvo ciertos devaneos con el emperador León V que la hicieron concebir la esperanza de unirse a él en matrimonio y compartir el trono. Pero las malas artes de su rival, que más tarde fué la habilísima emperatriz Teodora, la privaron del favor del soberano. Entonces ella, despechada y desengañada del mundo, se acogió a la vida monástica y puso su natural inspiración poética al servicio de Dios, dedicándose a la composición de himnos y poesías religiosas.

Un día el emperador añoró el tiempo pasado y deseó verla de nuevo y como nada se podía oponer a los caprichos de un déspota iconoclasta que hacía tabla rasa de las leyes canónicas, obligó a las monjas a que le abrieran las puertas de la clausura. Casiana se encontraba a la sazón en su celda ocupada precisamente en la composición de este tropario. Al darse cuenta de la visita imperial adivinó pronto su motivo y temiendo que peligraran sus firmes propósitos de arrepentimiento y penitencia, abandonó su trabajo y huyó presurosa a esconderse en la iglesia, buscando protección ante la presencia del Señor.

El emperador entró en su celda y sobre la mesa de trabajo encontró el pergamino en que ella escribía. La piadosa composición estaba interrumpida en estas palabras: *Besaré... estos pies cuyo terrible rumor al oír Eva en el Paraíso...* El emperador leyó lo escrito y tomando la pluma que estaba abandonada sobre la mesa, escribió a continuación: *se ocultó llena de miedo*. Luego abandonó el monasterio sin proseguir sus indagaciones ni ver a la fugitiva religiosa. Esta, pasado el peligro, al volver a su celda y continuar componiendo el tropario comenzado, se encontró con las palabras añadidas por el emperador y las dejó tal como él las había puesto, formando parte de la composición litúrgica.

Claro está que ningún crítico admite la veracidad de este suceso pero el pueblo, menos severo que los historiadores, no duda de ella y continúa llamando este tropario con el nombre de Casiana.

TROPARIO

(VERSIÓN DIRECTA DEL GRIEGO)

Señor, la mujer que había caído en multitud de pecados, habiendo conocido prácticamente tu Divinidad, tomó el oficio de mirófora (1) y llorosa te ofreció perfumes para preparar tu sepelio (2) diciendo: ¡Ay de mí! pues me posee la noche, el estro de la impureza y el tenebroso y obscuro amor del pecado. Recibe la fuente de mis lágrimas, Tu, que llevas a las nubes las aguas del mar. Inclínate a los sollozos de mi corazón, Tu, que inclinaste los cielos con tu inefable anonadamiento (3). Besaré tus immaculados pies, los enjugaré repetidamente con los rizos de mi cabeza, esos pies cuyo terrible rumor al oír Eva en el Paraíso, se escondió llena de miedo. (4) Oh Salvador de nuestras almas. ¿Quién podrá investigar la multitud de mis pecados y el abismo de tus juicios? No me desprecies a mí, tu sierva, Tu, cuya misericordia no tiene medida.

FRANCISCO JAVIER AGUIRRE

(1) Mirófora, que significa portadora de perfumes, es el nombre con que en la Liturgia Griega se designa a las santas mujeres que ungieron el cuerpo de Cristo al ser colocado en el sepulcro.

(2) Según el Evangelio, Judas al ver que la pecadora arrepentida derramaba un perfume tan caro sobre los pies de Jesús, criticó desfavorablemente tanta generosidad pero Nuestro Señor la defendió y al mismo tiempo, queriendo anunciar que estaba ya próxima su pasión y muerte, añadió que esta unción era como un embalsamamiento anticipado de su cuerpo para ser sepultado.

(3) Anonadamiento, en griego «kénosis» es uno de los términos clásicos en Teología para designar la Encarnación del Verbo, quien según San Pablo (Filip. cap. 2. Vere. 7) «ekénosen heautón» o como traduce la Vulgata «semetipsum exinanivit», es decir: el hacerse hombre se anonadó a asimismo pues se privó de la gloria y majestad externa que le eran debidos como Hijo Unigénito del Padre.

«Inclinar los cielos» es un hebraísmo muy usado en los Libros poéticos del Antiguo Testamento. El cielo en donde reside Dios, se supone poéticamente como una superficie plana colocada encima de las nubes que se inclina hacia la tierra cuando El quiere, formando como una rampla por la que desciende cómodamente.

(4) Según el Génesis nuestros primeros padres, cometido el pecado, al sentir la presencia de Dios en el paraíso, se escondieron por miedo entre el follaje.